



MISIONES


DOÑA SONIA
MELO

DISPARATE

○ ○ ○ ○ ○

LOS

NANICOS

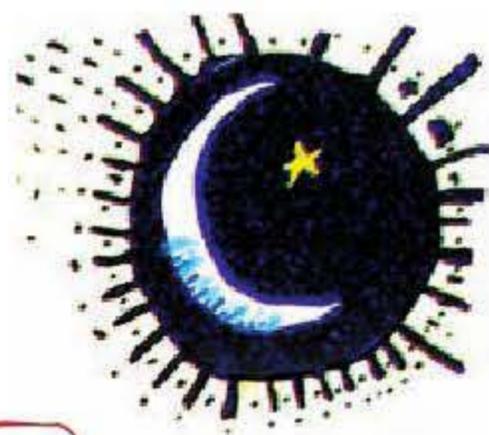
ROSITA
ESCALADA
SALVO

EL DUENDE

DE LA SIESTA


Leer Misiones

DOÑA DISPARATE



SONIA MELO



A mi gato le crecieron dos colas y no podré visitarte"; "No puedo salir porque un pirata me tiene prisionera"; "No me bañaré porque de las canillas de mi casa, sale gaseosa"... Disparates y más disparates, los pretextos le salían con una facilidad asombrosa.

El barrio olvidó su nombre y comenzaron a llamarla doña Disparate.

Era inútil pedirle algún servicio, un pequeño favor... nada.

La otra tarde fueron a pedirle que visitara a un niño enfermo internado en el hospital. Ese día eligió un pretexto increíble: "Tengo la casa llena de grillos que no me dejan dormir ni de día ni de noche, estoy cansadísima".

Los visitantes se retiraron con una sonrisita pícaro y escurridizo. Esta vez, "se le había ido la mano" a doña Disparate. Semejante desatino, era el colmo de los colmos.

Con el tiempo vieron que doña Disparate se ponía más y más delgada, tenía ojeras y usaba unos enormes tapones de algodón en los oídos. Hasta que un día, desapareció.

El barrio comenzó a preocuparse, y decidieron visitarla.

Fueron recibidos por un extraño sonido. Un cric-cric, que aumentaba a medida que se acercaban. Al tocar el timbre, el ruido se detuvo para comenzar con mayor volumen y en sonido estereofónico, como si doña Disparate estuviera transmitiendo un concierto de grillos con unos parlantes superpotentes. Se miraron sorprendidos; después de todo, doña Disparate, o mejor dicho doña Gumersinda, no había inventado lo

de los grillos. La mujer no abrió la puerta por más que golpearon y golpearon durante hora y media. Las cortinas se movieron, pero no apareció la cara de la dueña de casa, lo que vieron fue una cara larga y negra con antenas puntiagudas y ojos saltones que los miraron iracundos.

Detrás de ellos, decenas de ojos saltones y antenas puntiagudas se esforzaban por espiar a los intrusos que, realmente asustados, corrieron a comunicar la terrible noticia: un ejército de grillos gigantes pretendía invadir la ciudad, y para preparar el ataque se había atrincherado en la casa de doña Disparate ¡perdón! de doña Gumersinda.

–¡Llamen a la guardia! –dijo don Alfredo.

–Tenemos que organizarnos –gritó doña Serafina –y el que sabe de estos temas es don Saturnino, el veterinario.

Fueron a verlo, y él puso cara de sabelotodo, se rascó la cabeza y dijo: Dejen que piense hasta mañana.

Entonces se escuchó apenas, una voz chiquita, la voz de Juanito –un niño delgado de anteojos– que se pasaba en la biblioteca leyendo sobre la vida de los animales.

Todos prestaron atención, Juanito se aclaró la garganta, se subió sobre una silla y dijo:

–¿De qué color eran los grillos?

Todos gritaron:

–¡Negros!

Juanito quedó unos segundos en silencio y aclaró:

–Los grillos negros son los grillos de campo, que son muy peleadores y llegan a matar a sus compañeros.

Y agregó:

–¿Cantaban esos grillos?

–¡Síiii! –contestaron a coro.

–Si cantan son grillos machos, que llaman a las hembras...

Hizo silencio y, el pueblo entero mudo esperaba que los labios del niño volvieran a moverse. Juanito bajó de la silla y en voz muy baja —para que sólo ellos oyeran—, les dijo al oído:

—Esto es lo que haremos...

Hombres, mujeres, niños, niñas y hasta don Rómulo que anda en silla de ruedas, salieron disparados a cumplir lo que el niño lector les había pedido. Se los veía revisar aquí y allá, detrás de las plantitas, en los rincones más oscuros, pero no encontraron lo que buscaban.

Juanito dijo:

Tendrán que esperar a que oscurezca; como los grillos tienen costumbres nocturnas, saldrán de sus escondites en ese momento.

A la tardecita, todo el vecindario estaba armado con linternas y jaulitas donde encerrar a los grillos hembras que encontraran. Encontraron siete y las pusieron a unos veinte o treinta metros de la casa de doña Gumersinda, sobre la camioneta de Don Carlos, el verdulero.

Como las hembras eran solo siete y los grillos eran más de cincuenta, pelearon entre ellos para ver quiénes se quedarían con ellas. Los grillos ganadores fueron a buscar a las hembras y en ese momento... Don Carlos, el verdulero, arrancó la camioneta.

Los grillos seguían al vehículo a los saltos, haciendo un sonido espantoso.

Al llegar a un campo lejano, que quedaba a cientos de kilómetros de esa ciudad, el chofer bajó las pequeñas jaulas y regresó por otro camino.

Doña Gumersinda, después de asegurarse de que no escuchaba ningún cri-cric, salió de su casa despacio, muy lentamente, con una sonrisa miedosa y flaca que arremolinó las muchas arrugas que le ocasionaron los grillos, abrazó agradecida a Juanito y le regaló una pila de libros.

Esa noche organizaron una fiesta. Librarse de los grillos fue una tarea difícil, pero trabajando juntos fue posible hacerla en un periquete.

LOS NANIGOS

ROSITA ESCALADA SALVO



El sol se levanta muy temprano entre una y otra ondulación de los cerros. Pero ellos ya le ganaron de mano. Como a las cuatro, se levanta el mayor —que es un decir— y sopla las brasitas para aventar el fuego; acerca las ramas juntadas al atardecer y cuando se levantan las llamas naranjoazuladas, pone la ennegrecida pava con agua, suspensa en un gancho y comienza a preparar el mate.

Ella se incorpora del colchón de chala que cruje como protestando, se alisa el batón, sale a la oscuridad absoluta y mira el cielo pletórico de estrellas aunque ya con una suave luz difusa del incipiente amanecer. Hace fresco, siempre, a esa hora. Se lava la cara, se alisa el largo pelo trenzado una vez al mes y recibe el primer mate.

Conversan en semitono, para no despertar a los hijos. Siempre charlan entre ellos en un monosilabeo incomprensible.

Cuando la claridad se hace alba, ella sacude con firmeza y cariño a cada vástago. Y comienzan el día.



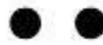
Los dos Nanigos más pequeños no han terminado su tarea, pero como niños que son, juegan a las escondidas entre el maizal prometedor.

Las altas cañas henchidas con sus frutos los ocultan y solo unas risitas de juguete los delatan.

En ese mundo verde, con aroma de tierra revuelta, descubren secretos, maravillas, asombros.

Nada saben de su destino, todavía. Pero quizás lo intuyen cuando suceden cosas extrañas.

Esta mañana creyeron ver a un hombrecito rechoncho, fornido, con gran sombrero y bastón en mano. Su mirada los aturdió. Y cuando quisieron buscarlo, ya no estaba.



Es verano. La prolongada sequía pone aristas dolorosas en la mirada. Los Nánicos marchan de uno en fondo, en busca de agua, allá abajo, en un pocito del arroyo.

Solo ellos saben de esa vertiente. Aunque no. También la descubrieron los pequeños y grandes moradores del monte. Cientos de pezuñas, de redondas tres huellas, de trifurcadas marcas señalan que por las noches se acercan a beber por turno, respetándose y sin agredirse tateos y tiricas; zorritos y zorrinos; pecaríes y hasta un tigre, además de mulitas y algún oso hormiguero.

De pronto el monte se transforma. No hay capuera sino largas raíces de árboles centenarios, y el suelo está alfombrado de hojas multicolores y graciosos hongos.

Los Nánicos reconocen el legendario lugar y al unísono se ponen a jugar entre los huecos, llamándose con impronunciabiles nombres Strktn!, Pltnsn! Cksblmpn!

Ruedan sobre el mullido suelo, dan viracambotas, asustan a una corzuela, le esconden la bolsa al caminante que descansaba plácidamente contra un tronco, se encaraman en lo alto de un solo impulso, tejen una red con telas de araña, se hamacan, son felices como en la infancia de los tiempos.

Una explosión cercana los deposita bruscamente sobre la tierra árida y calcinada. Están nuevamente en el monte pegajoso y les cuesta comprender qué ha sucedido.





Son nuevamente los Nanicos que deben ir a buscar agua al pozo lejano.

Dicen que hace mucho, mucho tiempo, aquí vivían unos duendes de arrugadas caras, juguetones y hacedores de mil y una travesuras...

Dicen que los Nanicos son sus descendientes.

Nosotros los conocimos como los Aquinos, moradores de un cerro adonde íbamos a buscar naranjas o rapadura, según la estación del año.

Como éramos chicos, no nos dábamos cuenta de sus escasas estaturas.

Quizás en algún momento se transformaban en duendes y por eso pasaban cosas extrañas, sobre todo en época de Cuaresma, o cuando había tormenta.

¡Quién sabe! En esos parajes, las leyendas, aparecidos y asombros eran frecuentes y la gente creía en ellos.

Y nosotros, no sé. Pero por las dudas...



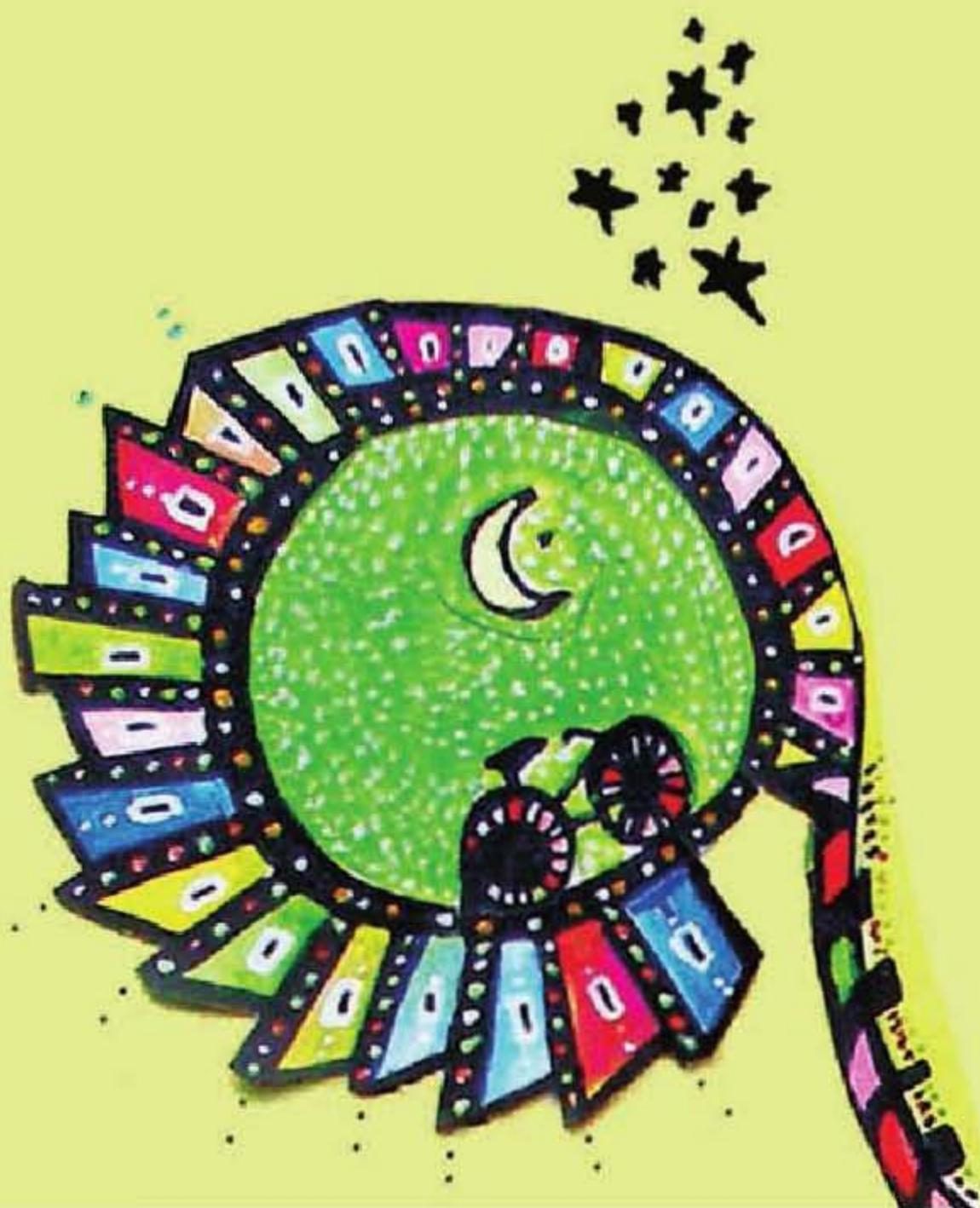
EL DUENDE DE LA SIESTA

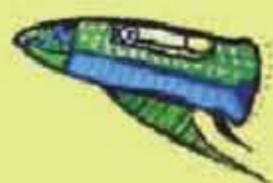
El duende de la siesta
viene descalzo,
cruzando los maizales,
silbando bajo.

Si no se duermen pronto
¡a que lo llamo!

Tiene sombrero grande
hecho de paja;
los ojos son muy verdes,
la cara blanca.

Dicen que roba niños
que no obedecen.
Que si llega a tocarlos
nunca más crecen.





Es petiso y rechoncho
Y muy travieso.
(No griten a la siesta,
quédense quietos...)

Un bastoncito de oro
lleva en la mano,
el duende sombrerudo,
pícaro enano.

No sé si será cierto
lo que se cuenta.
Por las dudas, niñitos,
duerman la siesta.



SONIA MELO



Es escritora, Maestra Normal Nacional, Profesora del Nivel Inicial, Maestra para niños especiales y Técnica en Conducción Educativa. Ha obtenido premios como A.J.U.P.A.P.R.O.M (1997), *El maestro y las letras* (1999) y de la Asociación Supervisores docentes de Misiones (2000).

PARA SEGUIR LEYENDO



Trece cuentos... con yapa.

21 cuentos – literatura fantástica infanto-juvenil.

Cuentos escondidos.

Aventuras de Ignacio.

ROSITA ESCALADA SALVO



Nació en San Javier, Misiones. Es poeta y narradora. Escribe para niñas, niños, jóvenes y adultos. Junto a Héctor Di Mauro fundó una Escuela-Taller de títeres en Puerto Rico, Misiones, donde también ejerció la docencia secundaria y superior. Ha dictado cursos y talleres de promoción de la lectura dentro y fuera de la provincia y ha participado como disertante en encuentros provinciales, nacionales e internacionales. Su obra ha sido reconocida con numerosos premios y distinciones.

PARA SEGUIR LEYENDO



La caza del Yasí Yateré.

La mágica hora de la siesta.

La vaquita Mar...garita. Taller de Títeres.

Las naranjas como globos que flotaban.

Paíto.

Los lunes lentejas.

Pulguitas y Piojos.



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA



Gobierno de la
Provincia de Misiones



Ministerio
de Cultura y Educación
Subsecretaría de Educación

Plan
Provincial
de Lectura
Misiones Lee

